



Hoy yo me ofrezco

TSNC

Dime cómo puedo ofrecerte
todo el amor que tú me das.
Tus manos son como semillas
que se transforman para dar.

Hoy yo me ofrezco.
Hoy yo me ofrezco a amar.

¿Te has fijado en la mirada de un niño cuando va recibir algo que no espera o que sobrepasa sus expectativas? Hay una inocencia admirable que se trasparenta del interior hacia fuera. Es como si **una estrella fugaz naciera de esa criatura para alumbrar** lo cotidiano.

En el proceso natural de hacernos adultos, perdemos esa inocencia para ganar en consciencia y en experiencia. Sin embargo, esa capacidad infantil de asombro no la perdemos. Y puede ser un buen ejercicio practicarla. Pero..., ¿qué tenemos que ver? ¡Pues al igual que el niño: **regalos!**

Y es que, desde la fe (y no desde la ingenuidad) vamos descubriendo que estamos rodeados de regalos. Aunque no solamos verlos. Para ello, nos puede ayudar el ponernos unas gafas especiales, unas **lentes de contacto para mirar a la realidad, a los demás y a nosotros mismos**. Gafas para **ver las raíces sagradas de las cosas**; porque «En Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch. 17, 28).

¿Y dónde tengo que ir a comprar esas gafas? Bueno, ojalá fuera tan sencillo y tan barato. Se trata más bien de un **aprendizaje**: algo así como aprender a enfocar la mirada hasta que se ven las letras más pequeñas de los tests de los oculistas. Todo este entrenamiento se podría resumir en **el paso de conocer a reconocer**¹. El paso del objeto, de la persona, de la situación... al regalo.

«Esa larga y amorosa mirada sobre la realidad que la descubre como originada y habitada por Alguien, fluyendo de él, regalada al hombre. Alguien que la trasciende, pero que al mismo tiempo es su fundamento permanente y que, por tanto, existe y se hace presente y accesible en ella. No a través de ella, sino justamente en ella»².

Es únicamente desde esa experiencia trascendente y plena, y no desde la autoimposición o la autoexigencia voluntarista donde se **prende esa estrella fugaz que nos mueve a ofrecernos a amar**. «A mayor consciencia de lo que Dios ha hecho por mí, mayor agradecimiento. A mayor agradecimiento, mayor amor y seguimiento. Esa es la lógica central de la espiritualidad ignaciana»³. Es descubrir en lo cotidiano sus manos como **semillas** que **se transforman para dar**.

¹ «Pedir **conocimiento** interno de tanto bien recibido, para que yo enteramente **reconociendo** pueda en todo amar y servir a su divina majestad» (EE. 233).

² **García, J. A.:** *Ventanas que dan a Dios*. 2011. p. 17.

³ **García, J. A.:** *Ventanas que dan a Dios*. 2011. p. 28.





Mirada, conocimiento, consciencia, reconocimiento y agradecimiento son pasos entre la inocencia humana y la experiencia de Dios. Pasos previos que nos lanzan al «Hoy yo me ofrezco a amar».

Porque quizás **ofrecer** sea el verbo más realista y humano que podamos devolver a Dios. No se trata de simplemente dar; donar, prestar, o vender... se trata de ofrecer. Unos días será uno y otros días mil. Cada cual según su capacidad (Mt. 25, 14-30), según sus carismas y dones (1Co 12, 4-11). Ofrecer, cada persona de una manera original y genuina, como solo su ser puede ofrecer.

Ojalá, podamos decir cada día hoy yo me ofrezco a amar.

Para profundizar, personalizar y orar:

Puedes traer a tu memoria los momentos en los que sientes que has recibido **regalos del Señor**. Quizás una experiencia, un paisaje, una persona, una capacidad o don. Haz **memoria agradecida** en tu vida de todas las cosas que sientes como regalos.

Si te ayuda meditar, escucha la canción. Déjate atrapar y mecer por ella. Siéntela como si se la cantaras a Dios. No pienses en nada. Si no, simplemente escucha y déjate llevar por ella.

La canción se inicia con una demanda a Dios «Dime cómo puedo ofrecerte...». Después de haber rezado con alguna de estas propuestas, imagínate hablando con el Señor cara a cara. ¿Qué le dices? ¿Qué le pides? ¿Qué deseas? ¿Qué puedes decir del amor que hay en ti?

Otra manera de acabar la oración, o incluso de centrarte en ella, es rezar con el «**Tomad, Señor**» de San Ignacio.

Tomad, Señor y recibid
toda mi libertad,
mi memoria,
mi entendimiento
y toda mi voluntad.

Todo mi haber y mi poseer;
vos me lo disteis
a vos, Señor, lo torno;
todo es vuestro
disponed a toda vuestra voluntad.

Dadme vuestro amor y gracia
que esta me basta.

